

LA POLÉMICA JOAQUÍN GALLEGOS LARA-PABLO PALACIO Y SU RELACIÓN CON LA POLÉMICA COLLAZOS-CORTÁZAR

Ana Sabrina González

Joaquín Gallegos Lara¹ publica en *El Telégrafo*² «Hechos, ideas y palabras: *La vida del ahorcado*», donde critica desde el realismo social al escritor Pablo Palacio,³ análisis cerrado a la comprensión de las múltiples vías que la literatura tiene para dar cuenta del referente político y social. Sus palabras hacia Palacio se cuentan entre las más fuertes y hostiles.

Gallegos Lara, luego de inscribir a *La vida del ahorcado*⁴ en una línea que agrupa a Proust y a Joyce, como representantes de la literatura individualista de la decadencia del pensamiento burgués, lamenta que: «... Pablo Palacio con unas (...) cualidades de satírico-socialista utilizadas en su primer libro *Un hombre muerto a puntapiés*—libro para el cual la realidad no era una nebulosa— empezaba pulverizando sus ácidos con una regular puntería. Se esperaba que la afinase. Creíamos que llegaría a meter en su literatura la cantidad indispensable de análisis económico de la vida para darse cuenta de contra quién debía dirigir sus tiros. Pero nuestro tirador se pasó de inteligente. Dio un compuesto químicamente más fino a sus ácidos. Mas no supo contra quién disparar...»⁵

1. Joaquín Gallegos Lara, Guayaquil (1911-1947), narrador, entre sus obras figura: *Las cruces sobre el agua* (1946).
2. *El Telégrafo* (Guayaquil), 11 de diciembre de 1933. Reproducido en Pablo Palacio, *Obras completas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1964, pp. 59-61, con el título «Izquierdismo confusionista».
3. Pablo Palacio, Loja (1906-1947), narrador.
4. P. Palacio, *Vida del ahorcado (Novela subjetiva)*, en *Obras completas*, Barcelona, Archivos, 2000.
5. Celina Manzoni, «Joaquín Gallegos Lara: hechos, ideas y palabras: *Vida del ahorcado*», en *El mordisco imaginario*, Buenos Aires, Biblos, 1994.

El compromiso político de Gallegos Lara estaba asentado en premisas diferentes a las de Palacio y también en una distinta concepción de la literatura. Gallegos Lara lee a Palacio y lo critica desde el realismo y tal vez no sea desde allí desde donde habría que leerlo, ya que lo que cuestiona en sus textos Palacio es la justicia represora, aquella justicia cuya función consiste en limitar los impulsos, los instintos, la libertad del ciudadano; y si para expresar esta protesta ante la realidad ha utilizado casos «límites»,⁶ probablemente también esté atacando a una serie de valores de clase.

Si bien Palacio no se declaró públicamente sobre la acusación que sobre él levanta Gallegos Lara, sí expresó su desacuerdo en una carta personal, fechada en Quito el 5 de enero de 1933, dirigida a Carlos Manuel Espinosa, en la que destacó como «... error fundamental...» la posición de Gallegos al sacrificar la autenticidad artística en beneficio de una causa: «... Yo entiendo que hay dos literaturas que siguen el criterio materialístico: una de lucha, de combate, y otra que puede ser simplemente expositiva. Respecto a la primera está bien todo lo que él dice; pero respecto a la segunda, rotundamente, no. Si la literatura es un fenómeno real, reflejo fiel de las condiciones materiales de la vida, de las condiciones económicas de un momento histórico, es preciso que en la obra literaria se refleje fielmente lo que es y no el concepto romántico o aspirativo del autor. Desde este punto de vista, vivimos en momentos de crisis, en momento decadentista, que debe ser expuesto a secas, sin comentario. Dos actitudes, pues, existen para mí en el escritor: la del encauzador, la del conductor y reformador —no en el sentido acomodaticio y oportunista— y la del expositor simplemente, y este último punto de vista es el que me corresponde: el descrédito de las realidades presentes, descrédito que Gallegos mismo encuentra a medias admirativo, a medias repelente, porque esto es justamente lo que quería: invitar al asco de nuestra verdad actual».⁷

El desacuerdo entre Palacio y Gallegos resulta más profundo que lo que sugiere ese escrito. Se trata de discusiones estéticas y éticas, de una controversia entre la visión tradicional y una visión moderna de la experiencia humana.

En la medida en que Gallegos Lara ve un mundo saturado de injusticias, pero todavía reducible a un orden de valores dictados por la teoría marxista-leninista, sostiene que la responsabilidad del escritor consiste en promover esos nuevos valores, poner entonces, la literatura al servicio de lo que vendrá. Para él, la realidad está en su sitio, y es accesible y comprensible en la literatura, por medio de los procedimientos del realismo social. En cambio las narraciones de Pablo Palacio tienden a abordar la existencia como abierta y absur-

6. Pablo Palacio, «El antropófago», en *Obras completas*, Barcelona, Archivos, 2000.

7. Celina Manzoni, «Pablo Palacio: Carta», en *El mordisco imaginario*, Buenos Aires, Ed. Babel, 1994.

da, como una existencia en la que no parece haber valores fijos e inmutables que sostienen o dirigen nuestro comportamiento. Por ello se reconoce en *Vida del ahorcado* la ambivalencia y la incertidumbre que determinan las circunstancias del hombre en el mundo.

Las características formales que distinguen las creaciones de Palacio descomiendan al crítico, en la medida en que éste no puede ubicarlas dentro de una tradición ni juzgarlas conforme a convenciones literarias establecidas respecto a género, unidad, trama o personaje. Palacio descompone porque no se atiene a lo trillado y familiar, porque se atreve a oponerse a las normas en práctica.

Este ir en oposición de los moldes en vigencia es lo que pareciera estar en el fondo del comentario de Gallegos Lara: «... Al pretender negar el realismo social, que no es una escuela literaria —repito— y que es introducido en la literatura por el sector proletario de ésta, oponiéndolo al millar de escuelas —superrealismos o birrealismos— en que se atomizan las literaturas burguesas y pequeñoburguesas, ¿acaso no se está pretendiendo impedir que la literatura sea lo que todos los que se preocupan honradamente en la creación de una cultura humana para reemplazar a la actual cultura de esclavos, como dice Waldo Frank, le exigen que sea: un arma contra la explotación y a favor de la clase que forjará una sociedad sin clases?...» (p. 50),⁸ pero Palacio se rebela contra las convenciones de una literatura realista, cuestionando sus artificios, sus suposiciones, sus procedimientos de motivación, su inclinación hacia lo objetivo y abstracto, mostrándolos como falsos, como otra manera de engañar y engañarse.

Al mismo tiempo, esta discusión puede entrar en diálogo con la polémica Collazos-Cortázar,⁹ en la medida en que uno de los puntos centrales del debate consiste en cierta concepción de la realidad, discutida a lo largo del texto y que señala Cortázar al retomar uno de los aspectos que domina la exposición de Collazos: «...una cierta concepción de la realidad que lleva a denunciar lo que el autor llama ‘mistificación del hecho creador’...»¹⁰ A lo largo de todo el ensayo de Collazos el término realidad asume diversos sentidos, pero que giran en torno del contexto sociocultural, de la «circunstancia» del escritor. Para Collazos: «... la trascendencia de la novelística latinoamericana es un hecho de identificación, de expresión, de estrecha correspondencia con la realidad latinoamericana...» mientras que Cortázar sostiene que aquella realidad de la que se habla «...es el hombre mismo en la medida en que no escribimos

8. Celina Manzoni, «Joaquín Gallegos Lara: hechos, ideas y palabras: *La Vida del ahorcado*», en *El morásico imaginario*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 1994.

9. Óscar Collazos, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, *Revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970.

10. *Ibid.*, p. 38.

para los árboles ni para los monos sino para él (...) El escritor latinoamericano (...) sabe que ese hombre es el hombre histórico, alienado y mediatizado por el subdesarrollo en el que lo mantienen el capitalismo y el imperialismo...», «... La auténtica realidad es mucho más que el 'contexto sociohistórico y político', la realidad soy yo y setecientos millones de chinos, un dentista peruano y toda la población latinoamericana...»¹¹

Sostengo que entran en diálogo ya que si bien ambas discusiones se dan en momentos diferentes, consideran la misma problemática, la crítica directa a una referencia concreta a la realidad como inevitable y único punto de partida.

Se habla de una realidad que es elegida por razones revolucionarias (en un movimiento rupturista) porque es la realidad sociopolítica que hay que cambiar, porque el aporte de una gran literatura es fundamental para que una revolución pase de sus etapas previas y de su triunfo material a la revolución total y profunda.

El problema, en ambas polémicas, podemos pensarlo a partir del momento en que todo cuestionamiento o toda crítica se sostienen en un contexto sociocultural y político, dejando de lado la realidad imaginaria y multiforme, realidad que resulta cuestionada en nombre de un deber que nadie niega pero que tampoco agota el campo legítimo y necesario de la literatura. La obra de Palacio, así como la de Cortázar, son obras que buscan internarse en nuevos territorios, por ello es que «... la novela revolucionaria no es solamente la que tiene un 'contenido' revolucionario sino la que procura revolucionar la novela misma, la forma novela, y para ello utiliza todas las armas de la hipótesis de trabajo, la conjetura, la trama pluridimensional, la fractura del lenguaje...»¹²

Obras, entonces, que habrán de mostrar una realidad más rica y más revolucionaria, aunque sea, mucho tiempo después. ●

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Collazos, Óscar, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. *Revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970.

Manzoni, Celina. *El mordisco imaginario*, Buenos Aires, Biblos, 1994.

Palacio, Pablo. *Obras completas*, Barcelona, Colección Archivos, Unesco/Fondo de Cultura Económica, 2000.

11. *Ibid.*, p. 65.

12. *Ibid.*, p. 73.